

—¿No tiene usted nada que decirme?...

La maestra le contestó tranquilamente:

—Sí, una cosa sola. Debo darle á usted las gracias por sus buenos sentimientos.

—¿Nada más?

—No, señor administrador; añadió con desenvoltura;—nada más.

Y siguió bajando.



XII

Desde entonces comenzó para él una serie de días tristísimos; porque había decidido volver á intentar otra prueba con una formal petición de matrimonio; pero se le ocurría que inmediatamente después de aquellas calabazas, sin preparar el terreno, hubiera sido una locura. Y entre tanto cayeron sobre él disgustos sobre disgustos.

Fué el primero que la maestra Zibelli, de la noche á la mañana le negó el saludo. Hubiérase afligido menos por este suceso si hubiese sabido que había entrado entonces en una de sus fases, en la que, desengañada del mundo, se encerraba en una especie de forzado entusiasmo por su oficio de maestra, leyendo libros de escuela hasta por la calle para no ver la juventud y el amor que pasaban á su lado, pedantemente celosa de sus

deberes, rígida con las alumnas, con los padres, con sus compañeras, con el mundo entero.

Pero don Celzani, que no sabía esto é ignoraba la causa verdadera del desaire, bueno y atento como era para con todos, no suponiendo en ella, sino un movimiento repentino de antipatía, se sintió herido en lo más vivo del corazón.

Además encontró también extraña la conducta del maestro Fassi, con quien tropezó en las escaleras enseñándoles las pruebas de un artículo intitulado *Berlín gasta medio millón al año en gimnasia*, en el que hacia una comparación con toda Italia, que gastaba la mitad; y luego, cambiando bruscamente la conversación sobre la Pedani:

— ¡Hermosa mujer! exclamó. — Es digna de casarse con el hombre más hermoso de Italia. Apostaría cualquier cosa á que no puede usted sostener las dos pesas que ella sostiene con una sola mano. El que haya de casarse con ella, tiene que echar antes muy bien sus cuentas.

¿Á qué venían tales conversaciones? Él no se sentía ofendido de la comparación de sus fuerzas: su pensamiento único, era la disparidad de la belleza; por lo demás, tenía

la conciencia tranquila. Pero le inquietaba la sospecha de que el maestro conociera sus intenciones.

Otro día volvió á tocarle el mismo asunto.

— Arriba he dejado á la Pedani, que está estudiando una nueva combinación con el bastón Jäger, para las muchachas. Está consagrada por completo al estudio; no tiene distracciones amorosas. Quizá porque no encuentre quien le convenga. En el amor también ocurre, *similia cum similibus*, usted que sabe latín. ¿Pero dónde ir á buscar uno que le haga pareja? Ella desprecia á los hombres de mediana estatura. Y si tiene la tontería de casarse con uno de estos... ¡pobre de él!

Y miró fijamente al secretario.

También esta vez se turbó por temor de que el maestro leyese en su alma, no por las palabras que le dijo; las cuales, al contrario, exacerbaban todos sus deseos, y las masculaba después con cierto sentido de voluptuosidad.

Y hubo algo peor.

Dos ó tres veces, mientras seguía á la Pedani al bajar las escaleras, vió que salía al descansillo el estudiante Ginoni, con un semblante en el que se leía bien á las claras el propósito de un asalto; y siempre, al

verlo, no podía reprimir un movimiento de ira, volviéndose á entrar en casa.

Le encontró una mañana que iba siguiendo de lejos á la maestra por la calle de San Francisco de Asís. Le producía verdadero dolor.

La juventud, la gracia y el desenfado de aquel rubillo le descorazonaban.

Se propuso vigilarlo todos los días.

El disgusto mayor lo recibió de la mujer del maestro Fassi.

Ésta le andaba buscando hacía ya varios días; le encontró una tarde en el portal y le paró.

—¿Qué tal el señor Fassi? le preguntó él.

Con su voz quejumbrosa, como si saliera de un pecho oprimido por el peso de ciertos apéndices, le respondió como siempre glorificando las grandes ocupaciones de su marido.

—Arriba está trabajando, creo, en hacer un cuadro comparativo entre los sueldos de los maestros de gimnasia de Suecia y los de Italia. Porque es una vergüenza que debe concluir; pensar que con los estudios que se exigen, los maestros de gimnasia son pagados como empleadillos, y ni siquiera tienen el título de profesores que llevan todos los

que enseñan á emborronar papel! ¡Cuando pienso en ello!.. Con su ingenio y con su presencia podía haber hecho muy otra carrera! Porque no puede usted formarse una idea de los estudios de ese hombre. Y todavía trabaja, á pesar de lo que le perturban los quehaceres y las visitas! ¡Allí está la maestra Pedani, que á cada paso sube, pidiéndole ayuda y consejos! Dígame usted si una muchacha joven, con un hombre en la flor de su edad todavía, es decente que entre y salga con esa libertad; y sabiendo que estoy yo de por medio, ¡que si no estuviera!... Vaya usted ahora á juzgar de las muchachas por el aire que se dan. Cualquiera diría que esta era la dignidad en persona. Ya, una señorita que en plena clase, como hizo el año pasado en el concurso de anatomía, se levanta con el pretexto de que no había entendido, para preguntar al profesor: *¿Señor profesor, donde está el nervio de la simpatía?*... está juzgada.

Y observando con una mirada rápida el efecto que producía en don Celzani, siguió adelante como la que dice cosas que para nada se refieren al interlocutor:

—Por lo demás, muchas más cosas habría que contar. Estas maestras jóvenes que an-

tes de venir á Turin han corrido media docena de pueblos... ¡Todo el mundo sabe las aventuras de las maestras en los pueblos! Cuentan una historia de una compañía de cazadores, que hizo ruido. Lo que más me maravilla es que la hayamos aceptado aquí en Turin. Lo cierto es que ya la conocen en la ciudad, y que está inscrita en el *Libro negro*. Basta; mi parecer es que no pasará mucho tiempo sin que veamos y sepamos cosas buenas.

Después de esto, murmuró de los demás vecinos, pero el secretario no oyó más, y por cuanto desconfiase de su lengua, cuando ella le abandonó se quedó completamente perturbado.

La idea de que aquella muchacha tuviera un feo pasado le daba una amargura indecible, celos terribles, era una tortura que le destrozaba el alma. Sobre todo aquella compañía de cazadores le acosó con sus bayonetas, una semana entera. Y aún sufría todavía más porque habían transcurrido varios días sin que pudiera verla, y, ansioso por saber algo, por librarse de aquella duda horrible, no veía á quién dirigirle, ni sabía cómo intentar sus pesquisas.

Una mañana al fin, la encontró... y gran

parte de sus sospechas se desvanecieron al verla.

No, Dios santo, no era posible: toda su persona, de la cabeza á los piés, desmentía aquella calumnia; todo su cuerpo hermoso respiraba la altanería de una virginidad vigorosa y tranquila. Pero una hora después las sospechas renacieron, y se apoderó de él el afán de antes.

Pero ocurrió un hecho por aquellos días que le lanzó á una resolución imprevista y repentina.

Una mañana encontró al maestro Fassi, que exabrupto, le dijo, como si continuase una conversación suspendida:

—Qué espartana es la Pedani. Lo he visto desde mi habitación: hay una pobre muchacha que viene á aprender los pasos rítmicos, y ella se pone á darle la lección con las ventanas abiertas de par en par, ¡con esta temperatura tan deliciosa! Es una idea fija; siempre afirma que es preciso hacer la gimnasia al aire libre.

El secretario hizo para sus adentros un rapidísimo razonamiento: si desde el cuarto del maestro se veía el de la Pedani, tanto mejor se debía ver desde la tronera del desván, que cae encima de la ventana de aquel cuarto.

Apenas se encontró solo, volvió á entrar en casa de prisa, cogió la llave del desván, subió á saltos la escalera, abrió la puerta y avanzó encorvado, porque daba con la cabeza en las vigas del tejado, por entre la leña, trastos viejos, montones, y hoyos hasta llegar á la tronera, trepó y echándose á la larga pudo asomar la cabeza lanzando una exclamación de placer.

La ventana del cuarto, situada en la pared de enfrente, estaba abierta de par en par, y la Pedani puesta de espaldas se apoyaba contra la ventana, impidiendo ver á la alumna. Su voz sonora de contralto llegaba con toda claridad hasta el tejado.

—Pero sino es así—decía,—de este modo usted no hace *el medio paso simple saltando*; le hace usted *largo saltado*. No nos entendemos. Repita.

El secretario oyó bien el paso de la alumna invisible.

—No—repitió la maestra,—todavía sale demasiado exagerado.

¡Oh, qué voz tan hermosa, profunda, llena de calor, vibrante, que hubiera hecho imaginar un cuerpo admirable á quien la hubiese oído con los ojos cerrados!

La Pedani parecía descontenta del segun-

do ensayo, porque sacudió la cabeza con energía. Y cogiendo con impaciencia con ambas manos la falda negra para dejar al descubierto los pies y que pudieran verse bien los movimientos:

—¡Esté atenta!—dijo, y se puso ella á hacerlo.

—¡Santo Dios!—suspiró el secretario.

Vislumbró sobre sus zapatitos una blancura que le deslumbró como un rayo de sol que reflejase en un espejo y fuera á herir sus ojos, y la sangre subió precipitada á la cabeza como si le hubieran puesto con los pies para arriba. Fué solo un momento; pero bastó. Ya no pudo oír las otras voces de mando, se bajó, se sacudió con las manos temblorosas el polvo y las hojas secas, y siempre con aquella visión blanquecina en los ojos, atravesó, casi corriendo el desván, descendiendo con paso resuelto.

Una vez en su cuarto se sentó á la mesa y con la cabeza entre sus manos, trató de recoger sus pensamientos. Había decidido irrevocablemente intentar el golpe supremo con una abierta y explícita petición de su mano.

XIII

Tenia, sin embargo, un deber, al cual no podia faltar: dirigirse primero á su tío, para obtener su aprobación y su consejo; aun por la misma razón, de que la petición hecha con su consentimiento y quizá por él mismo en persona, resultaria con muy otra eficacia. La pasión le cegaba hasta el punto de que en aquel momento tal consentimiento no se le presentaba ni siquiera dudoso. En el peor de los casos, no llegaría á decir que no, re-sueitamente; titubearía, pensaría en ello; en suma, le daría una esperanza, y luego, no tendría corazón para arrancársela.

Preparó, pues, su discurso, y cuando tuvo bien seguro en la memoria el primer período y la urdimbre general, con aspecto grave, y con las manos cogidas y puestas sobre el pecho, se encaminó á la habitación del comendador, sentose frente á él, y después de pedir y obtener permiso para hablar, lenta-

mente, con voz trémula, fijando sus ojos en las rodillas de él, le reveló su secreto.

El comendador Celzani era hombre que no se asustaba de nada, y daba muy poca importancia á las cosas de este mundo. Pero cuando oyó de lo que se trataba, no pudo menos de levantar de la poltrona la majestuosa cabeza blanca, para mirar en los ojos á su sobrino: luego volvió á abandonarse sobre el respaldo, envolviéndose en su bata, y se dispuso á oír lo demás con la vista errante por el techo.

El secretario había tenido la suerte de cogerlo en un momento de óptima disposición de ánimo, porque tenía que ir aquel día con un inspector de Milán á ver un ensayo de gimnasia femenina al Instituto del Socorro. Por otra parte, arrebatado como casi siempre estaba por las delicias de un mundo fantástico, en el cual tenia impaciencia por entrar cada vez que se veía forzado á salir de él, jamás contradecía á nadie, y reservándose el no hacer luego nada, ó el hacer todo lo contrario de lo que los demás esperaban, no rehusaba nunca ni un consentimiento ni una promesa.

Cuando el sobrino terminó, él se puso primero á mirarse las uñas limpiísimas, luego

las pantuflas bordadas, y murmuró algunas palabras vagas que no eran un consentimiento explícito, pero tampoco una desaprobación. Lo que quería decir, es que había que proceder con cautela, y no con precipitación.

Sin duda, la señorita inspiraba simpatía y tenía todo el aspecto y el aire de una persona digna de estima. Pero (y á esto tendían todos sus circunloquios), antes de dar un paso, creía conveniente ir en busca de ciertos informes...

Y, mientras el sobrino lo miraba en ademán interrogativo é inquieto, él, mastizando las palabras y mirando al espacio, le ocurrió recurrir á su amigo, el caballero Pruzzi, director general de las escuelas municipales, el cual, seguramente estaría al tanto para dar noticias circunstanciadas y seguras sobre cualquier asunto del personal docente.

El consejo le pareció excelente á *don Celzani*.

El comendador contó por los dedos, fijándole el sábado próximo como el día más oportuno: hubiérale bastado para presentarse una tarjeta suya.

El caballero Pruzzi era un hombre de quien se podía estar seguro que, cualquiera que fuese el resultado de este asunto, sabría

mantener el secreto con la más escrupulosa delicadeza.

Después de decir esto y como si se hubiera hablado de una cosa de secundaria importancia, pasó á otra conversación.

La alegría que tuvo don Celzani por aquel consentimiento, fué amargada profundamente en los días sucesivos en que se despertaron las sospechas que la señora Fassi había suscitado en su corazón; poco á poco fueron estas agrandándose hasta hacerse tan terribles en su imaginación, que, el día fijado, subió las escaleras interminables del palacio municipal con el ánimo de un enfermo que va á oír su sentencia de muerte. Además de que, aun cuando conociera al caballero Pruzzi, como hombre buenísimo, y éste á su vez también le conociese á él, le repugnaba tener que confesarle su pasión y sus propósitos; porque de otro modo, no era posible consultarle los puntos delicados que eran necesarios.

Entró con timidez en la modesta oficina del director, que era una pequeña habitación iluminada por una sola ventana con estantes todo alrededor, con los nombres de todas las escuelas de Turín escritos en grandes caracteres.

Estaba el director sentado á su mesa, encorvado sobre un montón de papeles, atuándose la peluca negra.

El secretario se reanimó un poco al verlo tan pequeño y tan gordo, con su cara imberbe, mofletuda y bonachona, sobre la cual veíase perfectamente el pensamiento inquieto de su *enorme responsabilidad*.

Recibió á don Celzani con una sonrisa ceremoniosa, que cubrió de arrugas su rostro, asemejándose por un momento á una máscara de *terra cotta* que se resquebrajase. Lo hizo sentar delante de él, tomó la tarjeta del tío, y le invitó á hablar.

El secretario se quedó algo atónito, al exponerle con palabras premiosas y confusas el objeto de su visita, sin que diera señales de sorpresa.

No hizo más que mover la cabeza y disponer su cara con esa particular expresión de seriedad que quiere decir:

—Señor, en este momento entro en funciones.

Cuando Celzani concluyó, pasó su mano por el mechón de delante de su peluca, y dijo gravemente:

—La cosa es delicada.

Luego preguntó el nombre y apellido de

la maestra, y á qué sección pertenecía.

Oída toda la relación, con las manos puestas sobre los ojos, estuvo reflexionando un momento, como si procurara recordar las notas especiales morales y físicas de la señorita en cuestión en medio de aquel pequeño ejército femenino que llevaba retratada cara por cara en su lucidísima memoria.

—¡Qué diablo!— exclamó de pronto descubriéndose el rostro, y sorprendido de no haber tropezado en seguida con una figura tan original; y fijando con lentitud su mirada en el secretario, como si quisiera comparar su figura con la de ella... rascóse luego ligeramente la punta de la nariz con el índice y dijo inclinando algo su cabeza: — Me alegro...—Pero demasiado tarde: don Celzani había comprendido el resultado de la confrontación y esperaba con ansiedad sus palabras.

—Pues bien —comenzó por decir el director, cogiendo una hoja de papel que había sobre la mesa, y poniéndose á doblarla y desdoblarla de mil modos caprichosos y sin mirar al secretario, — usted quiere informes, como es natural... de orden, como suele decirse, privado. Pero... no es cosa fácil dárselos como usted supone. Piense un poco con quinientos maestros... cómo va uno á saber...

y luego que tiene uno siempre en la cabeza un monte de cosas, de jaquecas y de fastidios. Precisamente, tenemos un invierno de los más desgraciados, un run-run de ausencias en todas las secciones. Diríase que todas las maestras casadas se han convenido para acrecentar la población en este mes. Estas benditas familias de los maestros... cuando no está enferma la maestra lo está el maestro, cuando no falta el uno falta el otro, y cuando está enfermo el niño, faltan los dos. No hablemos de las señoritas que cojen un resfriado con un hilo de aire, y luego vienen las imposibilidades á plazo fijo. Mire usted la sección Saboya (y le puso delante un estado de faltas de asistencia): es un hospital. ¿Qué va usted á hacer? Enviar siempre el médico para cerciorarse... ¡Imposible! Además de que no siempre es conveniente. Debía estar establecida la multa para toda ausencia abusiva. Pero... ¿qué hacer? Ó hay dudas, ó se escucha la voz del corazón, ó se... Le aseguro á usted, querido señor Celzani, que es un asunto serio, serio, bastante serio.

El secretario quiso llamar al director con una respetuosa indicación, al asunto.

—¡Ah!—dijo éste,—usted ha venido por

informes. Precisamente como le iba diciendo á usted, figúrese si es posible vigilar á cientos de señoritas, la mayor parte de las cuales son jóvenes, muchas... demasiado sin duda... bellas, vivarachas, muchísimas independientes, desparramadas por una gran ciudad, en los arrabales, á dos ó tres millas fuera del recinto. Se hace lo que se puede, seguramente, como el decoro exige. Pero después de todo, no podemos tener un cuerpo de policía para los que cortejan á las maestras. Ni se pueden violar siquiera los confines... de una libertad racional. Es una cuestión sumamente delicada. No puede usted imaginarse las denuncias, las venganzas encubiertas, las intrigas. Recibimos montones de cartas anónimas. Hay muchachitas que nos desesperan, sin tener ellas la culpa, por culpa de la madre naturaleza que las ha hecho como son y que atraen las miradas. Y no tengo para qué hablar de las lamentaciones sin cuento que nos llueven por parte de las familias, ya por una votación injusta, por una reprensión no merecida, porque la escuela está muy fría ó muy caliente, por las toses, por las enfermedades de los ojos ó de los oídos. Añada usted, las señoras ofendidas por una palabra, maestras que se

creen perseguidas, directoras... ¡estas benditas directoras, que son como las madres abadesas de tiempos pasados! Ponga también el enredo de cuestiones que produce cada concurso que se abre, las transferencias, las distinciones, los castigos. Imagínese las dificultades, mi querido amigo, la delicadeza, el tacto que se necesita...

—Señor mío, —observó con timidez el secretario, —los informes...

—Voy ahora á los informes, —contestó el director. —Ciertamente sería mucho más fácil dar informes de un maestro. En este caso no habría más que decir: Es un hombre de bien ó no, es monárquico ó es republicano, tiene ó no tiene deudas, bebe ó no bebe. Todos los tengo en la cabeza, pregunte usted. ¿Pero cómo puede hacerse esto para las maestras? ¡Cómo! Es un asunto complicadísimo, en una materia... indeterminada. Y aún sabiéndolo, hay que irse con pies de plomo; tienen padres, hermanos, relaciones. Á veces acaba uno de dictar una resolución justa, y á los dos días se encuentra uno á un desconocido de lengua barba, que le echa á uno los ojos encima haciendo el molinete con su garrote. ¡Hay peligro también de dar un mal paso! Note por ejemplo que por una nada re-

curren á los periódicos. Y los periódicos son una calamidad en estas cuestiones: ¡tanto es el daño que hacen! los periódicos me dan miedo, se lo digo con franqueza, no por mí, sino por interés de la administración y de la disciplina; me causan terror. Vea pues, qué oficio el mío; querido amigo, vea qué responsabilidad llevo sobre mis hombros; vea la clase de cuentas que tengo que rendir al público y á mi conciencia.

Una sospecha siniestra pasó por el ánimo del secretario; que el director no quisiera hablar por no verse obligado á decirle cosas gravísimas, de aquellas que no se pueden ni excusar, ni atenuar. Y poniéndose en pie para obligarle á que le diera el golpe de gracia:

—En suma, —le dijo con voz emocionada, pero resuelta; —dígame si sabe algo, sea lo que sea. ¿Qué informes puede usted darme de la maestra Pedani? Sin ambages ni medias palabras; se lo suplico también en nombre de mi tío.

—Yo... —contestó el director, —no sé nada. Una excelente maestra. Esto sí puedo garantizarlo. Por lo demás...

Don Celzani hizo de toda su persona un punto interrogante.

—No hay nada que decir,—repitió el director,—que yo sepa. Habría... pero no lo hay. Es decir, habría que decir lo que se puede decir de todas las muchachas guapas... Que tiene gente al retortero... quizá ilusos. Ya me entiende usted.

Don Celzani insistió, preguntándole si sabía algo positivo, si había dado motivo á censuras en su vida privada, si le constaba algo á la Autoridad sobre su conducta en los municipios rurales donde había servido.

—Pero si ya le he dicho á usted que no lo sé, que no consta nada,—respondió el caballero.—Si me constara... tratándose como en el caso presente, de un asunto grave y de un amigo, hablaría... Pero... no dispongo de tanto... más bien...

—¿Más bien, qué?...—preguntó el secretario.

—Más bien—continuó el director,—yo daría, si me lo permitiera, un consejo al amigo; los informes negativos de las autoridades valen poco en estas cosas; rigen otros caminos; busque noticias de la familia, que es lombarda, de Brescia, si no me equivoco; proceda con cautela, que en estos asuntos no se camina nunca demasiado despacio. Al contrario...

—¿Al contrario?...—repitió don Celzani.

—Sí, al contrario,—dijo el director con brusca sinceridad;—si he de revelarle mi ánimo... ¿qué quiere? Una maestra... Las maestras, según mi modo de pensar, hay que dejarlas que sigan siendo maestras. Tienen una misión, debe dejárselas á ellas como á las monjas. Cada cual por su camino. Y luego... que no se sabe nunca... Perdóne si le expongo mi pensamiento con libertad... Pero esto está fuera de toda discusión. Repito, que no consta nada. Ó más bien... Repito como antes: infórmese en otras partes... y vaya con prudencia. Se lo aconsejo á usted por lo mucho que quiero al apellido Celzani. Y... nada más tengo que decir.

Una nueva sospecha cruzó por la mente de don Celzani; alguna maniobra secreta de su tío indujo al director á tenerlo en suspenso con palabras vagas, para quitarse de enmedio el fastidio de una negativa ó el enojo de tenerlo que persuadir á que diera largas al asunto. Á pesar de todo, intentó una prueba última.

—Usted conoce mi situación—dijo,—y puede imaginar el estado de mi espíritu: ¿me da usted palabra de honor de que me ha dicho todo lo que sabe?

En este momento entró un ugiar con un fajo de cartas y de impresos.

—¿Pero, á qué quiere que le dé mi palabra de honor—le contestó el director, revolviendo los papeles,—con este fárrago de negocios? Ya lo ve usted, que no tengo ni un momento de respiro y no sé ni de qué lado moverme. ¡Santo Dios! Todo lo que podía decir... he tratado de decirlo... y ya sabe usted que tengo afecto á su tío. Hasta la vista, pues, y... siga mi consejo.

Luego, para compensar, le dijo en voz baja:

—Una hermosísima señorita, después de todo. ¡Oh, verdaderamente hermosa!

—Y lo empujó con cortesía hacia el pasillo.

En conclusión, el pobre don Celzani se quedó con nuevas dudas y los antiguos temores, y volvió á su casa tan descontento, afligido y lleno de ansiedad, que ni siquiera se cuidó de ir á dar cuenta de su visita al comendador.

El hecho de que aquella misma noche no se la pidiera su tío, le confirmó en la sospecha de que había trabajado por debajo de cuerda en contra suya. Esto le indignó y le llenó de angustia. Pero aquella divina blan-

cura que había visto desde el tejado, brillaba siempre delante de sus ojos como un foco de luz eléctrica; y á despecho de todo y de todos, su amor, ante aquella visión, crecía más obstinado y más ardiente que nunca.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. YLS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

Con estos vacíos informes del director, comprendía bien que el tío tenía un pretexto más que racional para negarle el consentimiento que necesitaba.

El tuvo que convenir en ello, aunque no perdió por completo la sospecha de una maquinación, cuando al día siguiente hablaron del asunto. Y entonces, no sabiendo á qué otro hilo agarrarse, concibió la idea arriesgada de confiarse al ingeniero Ginoni; fué á buscarlo y le contó todo, pidiéndole consejo.

El ingeniero le contestó primero lleno de sorpresa. ¿Qué necesidad tenía de informes? No se veían escritos los mejores, sobre su mismo semblante. Por su parte hubiera puesto la mano en el fuego. Sabía algo: que era de Brescia, huérfana, hija de un médico militar, muerto hacía muchos años; tenía un hermano, honrado comerciante establecido en Nueva Granada.

Estas noticias agradaron mucho á don Celzani.

—¿Y qué otros informes necesita usted?— continuó diciendo Ginoni.—¿Quiere enviar una circular á todos los alcaldes de los municipios donde ha sido maestra? ¡Cosa de risa! Una muchacha es siempre un misterio; no hay mas que confiar en su cara y en la inspiración de su propio corazón. ¿Y... dígame, querido secretario, á qué altura estamos de correspondencia?

Don Celzani puso una cara tan desanimada, bajando los ojos al modo como el cura lo hace ante el altar, que el ingeniero no pudo menos de echarse á reír, y de tenerle lástima á la vez. Así es que le dijo:

—Oiga usted... ¡y si dijese alguna cosita en favor suyo!... ¿Eh?... ¿Qué diré?... ¿Se puede dar una prueba mejor de amistad? ¿Si yo escrutase un poco el corazón de ella?

—Sí, indague,—murmuró tristemente el secretario.

—Lo haré — le prometió el ingeniero.— ¡Quién sabe! En el corazón de las mujeres no ve claro nadie más que el examinador desinteresado. Déjeme usted á mí y esté contento.

Y en su interior formó propósito de cum-

plirlo, no sólo por curiosidad del caso psicológico, tan singular por la singularidad de ambas personas, como porque hacía algunos días que sospechaba que su hijo detenía en la escalera á la maestra, y que ésta se hubiera abstenido hasta entonces de darle sus quejas, por no disgustarlo, pareciéndole un recurso de buena política paterna el poner entre el hijo y ella un impedimento.

Á la mañana siguiente, al salir de casa, encontró en el descansillo á la Pedani, parada con la camarera, á la cual le estaba indicando ciertos ejercicios gimnásticos para curarse los sabañones.

Bauman fué el primero que encontró que la gimnasia entre los bancos podía prevenir este malestar. Ella sabía muchas cosas sobre el asunto.

Á la vista de su amo la camarera se entró en la casa, y aquel la saludó con su broma habitual:

—¡Abajo la gimnasia!

Ella le contestó con el mismo tono:

—¡Abajo los fautores del linfatismo y de la raquitis!

El ingeniero se echó á reír, y se encaminó con ella por las escaleras abajo.

Luego, deteniéndose, le preguntó:

—¿Pero cómo es posible que se esté usted tan tranquila habiendo desgraciados que sufren muerte y pasión por usted?

Ella se le quedó mirando con fijeza, y le preguntó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—El mismo que á usted se lo ha escrito.

—En ese caso—dijo con indiferencia la maestra—hablemos de otra cosa.

—¡Cómo! ¿Ni siquiera puede oír hablar de ello?—preguntó el ingeniero.—¿Ni siquiera por lástima? ¿Á tal punto endurece los corazones la gimnasia?

—No,—replicó ella.—No tenía el corazón duro: lo tenía ocupado. Estaba dominada por una pasión única, y había decidido consagrar á ella toda su juventud. De todos modos, no habría unido su vida si no á un hombre que quisiera dedicar la suya al mismo objeto. Y añadió con sencillez:

—El que se case conmigo, tiene que hacer gimnasia por todo lo alto.

El ingeniero tuvo que reprimir la risa, y mirando con fijeza á la maestra, le dijo:

—Lo creo.—Luego le preguntó:—¿Por consiguiente, el destino del desventurado está irrevocablemente decidido?

—De mí—replicó ella—no depende el destino de nadie. Y basta así.

—¡Amen!—murmuró Ginoni.

Acabaron de bajar la escalera en silencio.

—Y sin embargo,—dijo el ingeniero, ya en el portal.—Usted sigue pensando en ello.

—¡Oh santo Dios!—contestó la Pedani—pensaba en muy otra cosa. Pensaba que á las niñas se les otorga demasiado pocos movimientos de las articulaciones inferiores. ¡Mire!

El ingeniero se echó á reír, y, se despidió, exclamando:

—¡Abajo Esparta!

Y ella, volviéndose, le respondió:

—¡Abajo Síbaris!—y enfiló la acera á grandes pasos.



XV

Don Celzani se sintió herido en lo más profundo de su alma con la respuesta, que un poco suavizada le refirió el ingeniero, y no le reanimó nada absolutamente la exhortación que este le hizo para que insistiera, repitiéndole la comparación de la mina con la mecha larga, que el día menos pensado llegaría á estallar.

Volvió entonces á caer en un estado tormentoso y digno de compasión. Siguió espionando á la maestra cuando bajaba ó volvía á casa, y unas veces, dándole mayor valor la desesperación, lanzábale miradas prolongadas, indagadoras, suplicantes, acompañadas de un saludo interminable que más bien parecía el saludo de un mendigo que pidiera por amor de Dios una sonrisa.

Ella guardaba la misma actitud con él, saludándole con cortesía, indiferente, sin ostentación y sin darle á entender que sabía